



MÍGUEZ SANTA CRUZ, Antonio (2024): Esto no estaba en mi libro de cine de terror. Córdoba: Almuzara, 351 páginas. ISBN: 978-84-11315-39-5.

Por Marcos Rafael Cañas Pelayo
Profesor de Geografía e Historia en el
IES Fidiana (Córdoba)
capemarcos@hotmail.com

Privilegiada invitada de la medianoche. Así cataloga a la persona lectora el prólogo de Julio Ángel Olivares, antesala a adentrarnos en *Eso no estaba en libro de cine de terror* (2024), obra del profesor universitario Antonio Míguez Santa Cruz (pág. 16).

Realmente, una tarjeta de presentación certera para una obra arriesgada que busca hallar la siempre difícil mezcla entre erudición y la mejor divulgación científica.

Dicho autor presenta una trayectoria investigadora sólida en la materia, algo avalado por trabajos recientes como *Kaidan: tradición del terror en Japón* (2021), si bien en el libro que nos ocupa ha salido ampliamente de su campo de especialización para hacer una auténtica panorámica de este género por todas las épocas y Escuelas imaginables.

Por ejemplo, una de las primeras referencias que hallaremos resulta tan clásica como *El gabinete del Dr. Caligari* (1920), máximo exponente de lo mejor que podía ofrecer el expresionismo alemán. De igual formar, esta monografía nos llevará varias páginas después a mirar bajo otro prisma a *La bruja* (2015), el film de Robert Eggers que catapultó a la fama a Anya-Taylor Joy a la par que aludía a un tipo de terror distinto, un atrayente juego de plano y contraplano que se desmarcaba de otras propuestas en aquellos días en la cartelera.

Pese a ello, conviene añadir que no estamos frente a un recorrido cronológico convencional de crítica

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.689-692>

Copyright © 2024 Rafael Cañas Pelayo

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

cinematográfica, más bien ante un surtido mostrado de forma amena y donde el escritor del mismo busca una interdisciplinaridad divertida y con muchas referencias a la cultura pop, avalando que: «Creaciones separadas por casi un siglo manteniendo un fértil diálogo, en una muestra más de las infinitas posibilidades del arte» (pág. 35).

Eso no estaba en libro de cine de terror incide en la frontera difusa que apenas separa a dos campos como la ciencia ficción y el subgénero de los monstruos (la Momia, el monstruo de Frankenstein, Drácula, etc.). A ese respecto, el autor no es nada complaciente y desafía varias de las preceptivas clásicas al considerar que cierta “aura” ha permitido a algunas películas sobre estas horripilantes criaturas tener una alta consideración por parte de crítica y público que no en todas las ocasiones puede sostener un análisis concienzudo. No es preciso, obviamente, comulgar con las opiniones personales arrojadas en este amplio recorrido, si bien uno de sus principales atractivos es que esa falta de corrección política habilita jugosos debates.

Otro santuario sagrado de lo tenebroso que el libro busca desmitificar un tanto son las añoradas producciones de la Hammer, las cuales son altamente elogiadas por el autor

en cuanto a su capacidad de trasladar con eficacia la esencia anglosajona de los relatos más clásicos ambientados en esa cultura. Sin embargo, no se obvia censurar sus estereotipos cuando marchan a escenarios de la España dieciochesca o el Egipto de los faraones (pág. 65).

Indudablemente, esta aceptación de riesgos enlaza muy bien con la política editorial de esta línea de la editorial Almuzara, donde se pretenden trabajos bien documentados sobre diversas materias, pero otorgándose una especial preponderancia a la amenidad y una accesibilidad que permita a la persona lectora neófita profundizar posteriormente en aquello que suscite su atención. Por ejemplo, así parece proceder el profesor Míguez Santa Cruz cuando explica el contexto histórico que permitió proliferar el subgénero de los filmes de miedo sobre el fenómeno de las sectas en la oferta cinematográfica estadounidense.

Un grave riesgo que se puede correr a la hora de estructurar un ensayo de este tipo podría ser caer en las arbitrariedades o una narración deslavazada que se deje seducir por la sucesión de anécdotas. Lógicamente, se desgranar a lo largo de sus páginas muchas curiosidades alrededor de figuras como Bela Lugosi o detalles llamativos de producciones como

Apocalypse Now o *El exorcista 2*, ambas mucho más conectadas de lo que parece a simple vista. Afortunadamente, no sucede así en las clasificaciones que se establecen en *Eso no estaba en mi libro de cine de terror*: «Cabría preguntarse por qué vamos a hablar ahora de muertos vivientes si no ha existido antes un epígrafe dedicado a los vampiros; o por qué no reservaremos después un espacio exhaustivo para los fantasmas. La respuesta es bien sencilla: los monstruos no hacen al género, sino la estructura diegética» (pág. 75).

Sea como fuere, la *boutade* más mayúscula la hallamos en el epígrafe dedicado a la célebre y personalísima adaptación que fue *Drácula de Bram Stoker* (1992), donde el análisis desafía el perpetuado estereotipo de que el material literario siempre va a terminar siendo superior al del celuloide. «¿No son capaces de alimentar el alma igual o mejor que una ficción escrita? Yo lo creo firmemente, aun cuando esa novela se haya escrito a finales del siglo XIX y se titule *Drácula*» (pág. 261).

Es reconocible la experiencia del profesor Míguez Santa Cruz como crítico de medios como *Windumanoth* en el Festival de Sitges, sobre el cual incorpora de igual forma varias apreciaciones de las transformaciones de las que ha sido testigo directo en los gustos de crítica y público.

Largometrajes italianos, asiáticos, estadounidenses, bávaros y de muchos otros rincones del globo se van sucediendo en distintos capítulos que se suceden separados por varios interludios.

Uno de los puntos de mayor atractivo lo hallamos en la sucesión de conexiones que se van estableciendo y que nos permitirán ver paralelismos entre *Los chicos del maíz* (1984) y la primera temporada de *True Detective* (2014). El entusiasmo por la temática que transmiten estos ejercicios hace útil elaborar en paralelo una lista a medida que se va progresando, puesto que la nómina de recomendaciones es abultada, desde clásicos indiscutibles a una serie B dignificada con sólidos argumentos. Tampoco se eluden defensas poco frecuentes dentro de la mitología de la célebre *Alien*, puesto que el autor destaca la notable mejoría que supone el montaje del director en la normalmente denostada *Alien 3* (1992). Sorprendiendo, como en anteriores ocasiones, con un ejercicio comparativo, Míguez Santa Cruz considera que el principal defecto del largometraje realizado por Fincher se hermana con el de *Los intocables de Elliot Ness* (1997), comparando los roles de dos actores tan aparentemente dispares como Charles Dance y Sean Connery.

Probablemente, dos de los capítulos más sobresalientes sean *David Cronenberg: Entre la carne y el metal* y *Una narrativa sin suelo: David Lynch*. Resulta evidente la profunda admiración que ambos cineastas, innovadores y abridores de puertas para el género por sus peculiares estilos, suscitan en el investigador del género del terror para confeccionar algunos de los párrafos más envolventes y que demuestran que es posible sortear los clichés incluso en géneros que cuentan ya con muchísimas décadas a sus espaldas.

Eso no estaba en libro de cine de terror se erige como la apertura a un inquietante mausoleo que, misteriosamente, reviste gran atractivo para aquellas personas que osen cruzar el umbral. Muchas opiniones sugerentes con las que se podrá comulgar o rebatir, aunque siempre con un punto de erudición y cinefilia que justifica incluso las provocaciones más heréticas. Un recorrido tan ameno para la crítica sesuda como el público que, simplemente, quiere disfrutar pasándolo agradablemente mal sentado en la butaca.